

B O L E T I N
DE LA
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Gulpúzcoa)

AÑO XXXIV

CUADERNOS 1.º y 2.º

Redacción y Administración: MUSEO DE SAN TELMO — *San Sebastián*

**LAS CERAMICAS POPULARES DEL PAIS VASCO,
EN LAS EDADES MODERNA Y CONTEMPORANEA**

Por LEANDRO SILVAN

Ez da bear-dan bezela zabaldu gure artean loi-lan edo zeramikaren ezaguera, eta gure langille trebeak egindako lan ikusgarriak, or arkitzen dira aaztuta, garrantzi aundikoak izan arren. Alaxe egiztatzen digu Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País'ek —Azkoiti'ko Zaldunen Bazkunak— izan zituan ardura ta kezkarakin gai au buru arturik asmo ekonomikoen artean eta aipaturik bideak lan oiek bikaintzeko, eguneroko gertaerekin lotuak bait ziran.

Orregaitik, orain datozten orrietan azaltzen diran berriak eskeintzean, Euskalerrian loi-lanak izan duten eboluzioari buruz bilduta, ez da bakarrik nere asmoa oiek zabaltzea, baizik langille aiek egindako lanarenak emanaz, guztiei, bere ixiltasunetik sortutako emaitza gaitik, ongi merezitako omenaldia eskeintzea.

* * *

La historia interna de las poblaciones humanas situadas en cualquiera de las zonas territoriales de nuestra Península, a lo largo del Medioevo y en los primeros siglos de la Edad Moderna, se conoce sólo fraccionadamente; y antes de la eclosión del segundo Renacimiento, es difícil encontrar datos suficientes, y suficientemente válidos, re-

ferentes a las actividades y a la manera de vivir de los grupos humanos anteriormente aludidos. En consecuencia, y por figurar la alfarería entre las más modestas de tales actividades, es natural que sea poco conocido cuanto tiene relación con aquella labor y con lo concerniente a la misma en el tiempo pasado precedentemente indicado; sólo más adelante resulta ya posible establecer algunas hipótesis razonables sobre la naturaleza y particularidades de la producción alfarera y acerca de la posible acción, directa e indirecta, que en el carácter y cuantía de dicha producción hayan tenido los importantes cambios experimentados por las sociedades humanas peninsulares, tanto en el número de sus componentes, como en la manera de vivir de los mismos.

Desde los años finales del siglo XVI, y más aún a partir del siglo XVIII, la producción a que nos referimos ha sido afectada de modo excepcional por el amplio crecimiento de la población nacional, por el profundo cambio acaecido en la estructura social de la misma, y también a causa de la aparición de nuevos condicionamientos, relacionados con las variaciones que desde siglos anteriores han venido afectando a la demanda y al esquema laboral de la actividad cerámica en las diversas zonas de nuestro país. El destacado interés que la acción de estas circunstancias ofrece para el presente estudio, nos anima a exponer a continuación un sucinto comentario, destinado en lo posible a concretar los efectos generales derivados de las influencias antecitadas, al actuar éstas sobre cuanto puede afectar a la producción cerámica: el referido comentario quedará circunscrito únicamente al ámbito de nuestro País Vasco, y al período comprendido entre el segundo Renacimiento y los tiempos actuales.

La primera circunstancia capaz de afectar a la citada producción —circunstancia que aparece tanto en todo el territorio español como el de Euskalherria— ha sido el continuo crecimiento del número de habitantes asentados sobre el país. Debe tenerse en cuenta, que durante cerca de mil quinientos años, ese número de habitantes había permanecido prácticamente estacionario: las luchas de la Reconquista y las mantenidas durante la época imperial en los siglos XVI y XVII, junto con la excesiva mortalidad causada por reiteradas epidemias, por el escaso nivel higiénico nacional y por las crisis alimenticias, dieron lugar a un estancamiento demográfico, apenas paliado por el crecimiento debido a algunas repoblaciones esporádicas, y compensado en cambio, regresivamente, por las emigraciones especialmente dirigidas al Continente americano (1).

(1) A las causas indicadas se unieron otras, entre las que figura la expul-

Ese estancamiento desapareció luego progresivamente, y así consta en los datos numéricos que miden la cuantía de las variaciones positivas experimentadas por la población peninsular: tales datos —a pesar de sus errores y de su moderada precisión— son suficientes para informarnos acerca de dicha cuantía, lo mismo en toda la Península que en el País Vasco. Y por lo que a éste se refiere, podemos concretar que en el intervalo 1594 a 1803, es decir, en poco más de dos siglos, el crecimiento de la población fue sólo del 53 por 100, equivalente al incremento anual de 464 individuos; pero luego, en menos de otras dos centurias (de 1803 a 1970), ese crecimiento ha pasado a cifrarse en 9.484 almas por año, con lo cual, a poco de iniciarse el último tercio del presente siglo, la población del territorio vascongado se hizo diez veces mayor que la existente en el mismo cuando finalizaba la centuria decimosexta (2).

Resulta interesante consignar asimismo, que en el siglo presente, la amplia expansión demográfica vasca anteriormente reseñada ha coincidido con un progreso más atenuado de las cifras correspondientes al incremento registrado en Navarra (3): ello revela, a juicio de algún investigador (4), la probable existencia de una corriente migratoria entre aquella provincia y las Vascongadas, siendo tal desplazamiento retardatario para el crecimiento navarro y favorable para el de estas últimas, al cual vienen contribuyendo también, en los últimos años, las gentes oriundas de otras muchas regiones españolas.

Parece evidente, por otra parte, que a consecuencia del aumento experimentado por la población de las Vascongadas, debió de produ-

sión de los moriscos, digna de tenerse en cuenta por estar implicados muchos de ellos en las actividades alfareras. Los del País Vasco ofrecen escaso interés por ser poco numerosos y porque sólo actuaron en él como vendedores ambulantes o como porteadores. Ver: J. VICENS VIVES, *Historia social de España y América*. Barcelona (Edit. Vicens Vives) 1974. Tomo III, pág. 106.

(2) Los resultados numéricos que recogemos están calculados con datos del «Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla en el siglo XVI» (Madrid — Impt. Real — 1829) formado por TOMAS GONZALEZ, así como de los incluidos en el «Anuario Estadístico de España». Año 1972 y en los Diccionarios de MADDOZ y MIÑANO.

(3) Lo señalado se confirma con los datos siguientes, comparativos del porcentaje de las poblaciones vasca y navarra en el total nacional:

Año 1900.	Proporción poblac. vasca:	3,2 %.	Idem. navarra:	1,66 %
Año 1920.	Proporción poblac. vasca:	3,5 %.	Idem. navarra:	1,50 %
Año 1940.	Proporción poblac. vasca:	3,6 %.	Idem. navarra:	1,42 %
Año 1960.	Proporción poblac. vasca:	4,4 %.	Idem. navarra:	1,38 %
Año 1970.	Proporción poblac. vasca:	5,4 %.	Idem. navarra:	1,33 %

(4) Así lo indica J. VICENS VIVES. Ob. cit. nota 1. Tomo V, pág. 19.

cirse, como cosa natural, un alza en la demanda de vasijas de barro para usos domésticos, siendo por ello precisa, como luego veremos, la creación de numerosos alfares ubicados en su territorio y dedicados a producir —sobre todo a partir del siglo XVII— los artículos indispensables para atender las necesidades del consumo interior. Al mismo tiempo, el crecimiento demográfico vasco antes reseñado (lo mismo que el experimentado por toda la Península Ibérica) coexistió, en el período histórico aquí reseñado, con un importante cambio en la estructura social de nuestro país, alterándose ésta profundamente a partir de los años finales de la centuria decimoctava, durante los cuales se dejó sentir en todo el mundo la influencia de las consecuencias derivadas de la Revolución francesa: abatido el excesivo poder de la Nobleza, decaído el influjo social del Clero, nacida y consolidada una nueva clase media burguesa, y redimido paulatinamente el estamento proletario de su tradicional ignorancia y pobreza, fueron modificándose, año tras año, en su cuantía y en sus características propias, los diversos grupos sociales, cuya economía progresó también simultáneamente, repercutiendo en forma favorable en la demanda de productos cerámicos.

Sin embargo, por otra parte y en relación con la cuantía de esa demanda, se hizo cada vez más patente un claro retroceso, derivado de la paulatina disminución del uso de fuentes públicas colectivas, al generalizarse la distribución de aguas a domicilio, así como de la progresiva desaparición de los hogares domésticos alimentados con leña o con carbón, sustituidos por nuevos focos caloríficos especialmente aptos para calentar vasijas metálicas, suministradas en crecido número a todos los mercados. A este hecho se unió la masiva aparición de artículos y utensilios elaborados con vidrio o con materias plásticas diversas: y estos nuevos géneros comerciales determinaron una regresión complementaria, cada vez más amplia y generalizada, en el consumo de los productos cerámicos destinados a aplicaciones hogareñas.

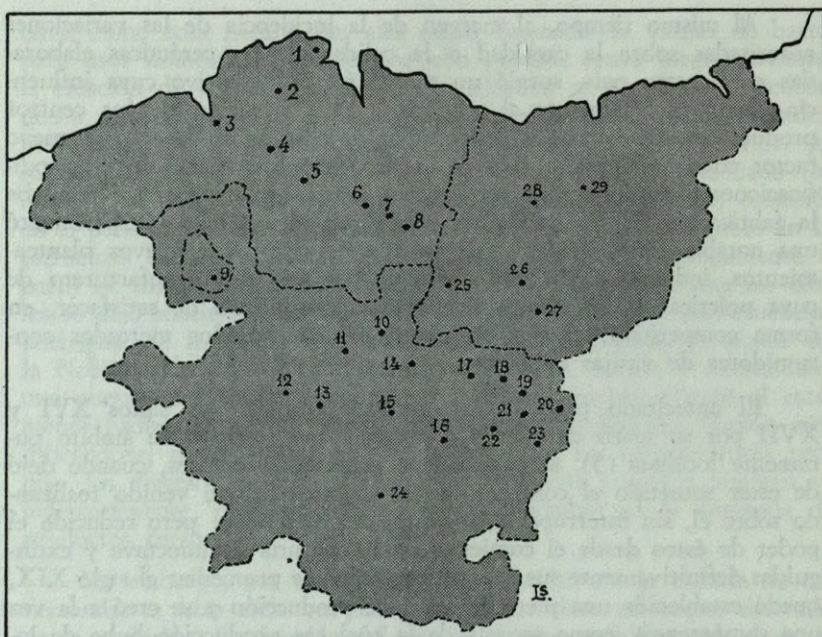
Estos hechos, de actuación positiva o negativa, superponiéndose al crecimiento demográfico general ya mencionado, tuvieron, desde sus comienzos y hasta tiempos muy recientes, una importante repercusión sobre la demanda de vasijas de barro para uso familiar. Y tal repercusión, finalmente favorable y continuamente intensificada al ir pasando los años, junto a los efectos sobre el volumen cuantitativo ofreció otras influencias de acusado matiz cualitativo, de las cuales derivó el aumento permanente en la demanda de vasos de mejor calidad, e incluso la exigencia de piezas de calidades selectas (de loza fina o de porcelana) cada vez más solicitadas, especialmente a partir de las décadas finales del siglo XVIII.

Al mismo tiempo, al margen de la incidencia de las variaciones antecitadas sobre la cantidad o la calidad de las cerámicas elaboradas en nuestro país, surgió un nuevo factor evolutivo cuya influencia afectó esencialmente al número y a la situación de los centros productores, así como a la perduración de ellos en su labor. Ese nuevo factor condicionante ha sido la consecuencia inevitable de las modificaciones experimentadas por algunas facetas del marco que regulaba la fabricación de los productos cerámicos: dicho marco experimentó una notable transformación, de la que derivaron los nuevos planteamientos, indispensables para conseguir un proceso manufacturero de cuya práctica en los alfares resultase la posibilidad de satisfacer, en forma competitiva, el abastecimiento exigido por los mercados consumidores de vasijas de barro.

El antecitado proceso, caracterizado durante los siglos XVI y XVII por su matiz doméstico y gremial, casi siempre de ámbito puramente localista (5), adquirió luego aspectos diferentes, cuando dejó de estar sometido al control que los gremios habían venido realizando sobre él, sin interrupción, a partir del Medioevo: pero reducido el poder de éstos desde el comienzo de la centuria decimoctava y extinguidas definitivamente sus actuaciones antes de promediar el siglo XIX, quedó establecida una plena libertad de producción y se creó a la vez una competencia, como secuela de la cual esa producción hubo de localizarse, casi exclusivamente, en los lugares donde existían mejores y más favorables condiciones para la misma. Con ello desaparecieron, en un plazo relativamente corto, muchos alfares situados en zonas donde el medio natural y social era poco adecuado para su funcionamiento en condiciones ventajosas.

Más tarde, la tecnificación de las actividades laborales en todos los campos de la producción —y entre ellos en el de la alfarería— agudizó con mayor intensidad este fenómeno; y en épocas todavía más próximas, la absoluta y general industrialización de los centros productores cerámicos, impuesta por el esquema socioeconómico vigente en la actual sociedad de consumo, ha interferido de manera intensa y profunda en el trabajo realizado por los talleres alfareros artesanos, obligándoles a luchar por su supervivencia al tener que

(5) En el País Vasco y especialmente en el siglo XVII, hubo asociaciones gremiales, casi siempre en forma de Cofradía. Algunas del siglo XV tuvieron estatutos y reglamentos aprobados por los Reyes Católicos en 1497: creemos que entre tales gremios no existió nunca el de Alfareros ni el de Tejeros, y recordamos, por otra parte, que GOROSABEL indicó ser contrario a la legislación foral el exclusivismo impuesto por los Gremios, enfrentado con el libre ejercicio laboral propugnado por dicha legislación.



1. — PRINCIPALES CENTROS CERAMICOS DEL PAIS VASCO

- | | | |
|-----------------------|---------------------------------|----------------------|
| 1. — Busturia. | 11. — Elosu. | 21. — Erenchun |
| 2. — Munguía. | 12. — Amézaga. | 22. — Hijona. |
| 3. — Bilbao. | 13. — Murguía. | 23. — Eguleta. |
| 4. — Cortederra. | 14. — Ullibarri-Gamboa. | 24. — San Vicentejo. |
| 5. — Amorebieta. | 15. — Vitoria. | 25. — Escoriaza. |
| 6. — Durango. | 16. — Ullibarri de los Olleros. | 26. — Zumárraga. |
| 7. — Abadiano. | 17. — Narbaja. | 27. — Cegama. |
| 8. — Apatamonasterio. | 18. — Galarreta. | 28. — Azcoitia. |
| 9. — Orduña. | 19. — Zaldueño. | 29. — Vidania. |
| 10. — Ollerías. | 20. — Eguino. | |

actuar en condiciones desfavorables, capaces de ponerles amenudo en trance de inevitable desaparición (6).

(6) La crisis a que aludimos derivó del profundo cambio en la estructura socioeconómica del país, así como de la baja productividad de los alfares, pese a haber sido introducidas en ellos diversas mejoras desde los años finales del siglo XVIII. Otros datos en G. DE ARTAMIÑO. *La producción artesana en la Edad moderna*. Conferencias en el Instit. Ing. Civiles. Madrid (Imp. Layunta) 1914.

Este fenómeno ha proseguido hasta nuestros días, y por ello, lamentablemente, tiende a desaparecer en forma casi total la confección de vasijas de barro en los alfares artesanos de tipo popular. Tiene pues especial interés el recoger una información retrospectiva acerca del panorama laboral ofrecido por las actividades cerámicas populares de nuestra región durante los siglos comprendidos en las Edades moderna y contemporánea: tales actividades, aunque condicionadas luego regresivamente, según acabamos de ver, por las variaciones introducidas en el movimiento demográfico general, en el modo de vivir y en la economía del País Vasco, fueron otrora bastante notables y de ello da idea el que durante los siglos precedentemente aludidos con reiteración, han llegado a contarse, a lo largo y a lo ancho de dicho país, unos treinta centros productores de artículos de barro, tanto de pastas ordinarias y sin vidriar, como de loza común o semifina, vidriada o esmaltada total o parcialmente.

En todos esos centros eran prácticamente análogas las diversas operaciones incluidas en el proceso de fabricación de los mencionados artículos. Comenzaba este por el acopio de las tierras que iban a servir para la ejecución del citado proceso: éstas fueron generalmente de origen local, abundando los informes acerca del laboreo de yacimientos de tales tierras en numerosas poblaciones eúscaras. Dicho laboreo, realizado usualmente utilizando picos, azadas, layas y palas u otras herramientas manuales de tipo similar, fue sólo estacional y generalmente unianual, operándose siempre a cielo abierto y en superficie; se abrían pozos o zanjas poco profundas —menos que la altura de un hombre— si bien, en ciertos lugares donde el suelo era más compacto, se llegó a profundizar hasta cinco o seis metros, para aprovechar mejor depósitos de arcillas plásticas de buena calidad. Las tierras extraídas se acarreaban hasta lugares próximos a los alfares y allí se dejaban reposar durante varios meses, a fin de que la acción del aire y de la humedad atmosférica llevase a cabo una serie de modificaciones beneficiosas en la naturaleza y propiedades de las arcillas, mejorando con ello sus características como materias primas cerámicas.

Tras el mencionado reposo, las tierras eran pulverizadas utilizando dispositivos más o menos complicados (molinos, rulos, mazos, etc.) y el polvo resultante se echaba, después de cernido, en una balsa integrada en unos artificios, muy generalizados, conocidos con el nombre de «coladores». Tales artificios, destinados a la obtención del barro o pasta cerámica, estaban situados usualmente junto a una corriente de agua (riachuelo, regato o acequia) y constaban de dos o tres balsas en serie, unidas entre sí por canillillos de intercomunica-

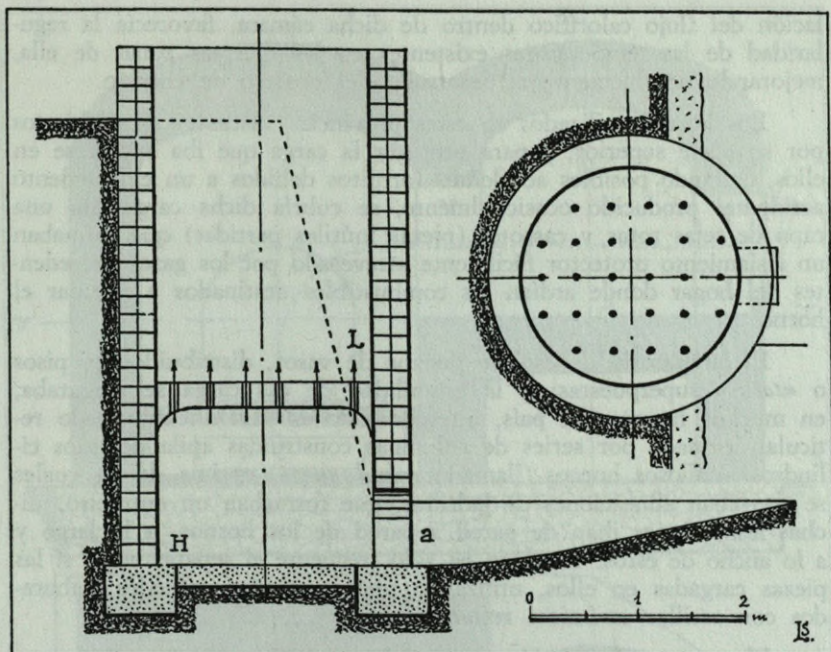
ción; para preparar el barro, la tierra que se había echado en la primera de las balsas (que era la mayor y más profunda de ellas) se mezclaba con un exceso de agua, revolviendo bien la mezcla —con palos, tablas o paletas accionadas mecánicamente— para homogeneizarla (7). De este modo se conseguía una masa plástica arcillosa muy fluida, cuya consistencia era generalmente análoga a la de un almidón poco espeso, si bien en ocasiones (cuando se modelaba por molde) la fluidez era todavía bastante mayor: la masa antecitada se pasaba seguidamente a otra balsa menos profunda, haciendo que durante el trasvase atravesara un cedazo, donde quedaban retenidas, y por tanto eliminadas, las diversas impurezas de naturaleza no arcillosa.

El barro obtenido en la forma descrita se debía reposar unos días, para que el exceso de agua contenido en él se separase por decantación; y ese agua, que sobrenadaba encima de la pasta arcillosa, era eliminada por vertido en el cauce próximo al «colador». Luego, para hacerla más plástica, la pasta semiseca era pisada, batida o amasada antes de almacenarla en el «barrero», lugar cubierto y fresco donde aquella permanecía hasta el momento de su utilización: entonces el alfarero tomaba de ella las pellas del tamaño apropiado —según fuera el de la pieza a elaborar— y después de sobar reiteradamente cada pella para acrecentar su grado de plasticidad, iniciaba la labor exigida por el modelado del artículo que deseaba obtener.

Ese modelado se realizaba mayoritariamente utilizando los clásicos tornos alfareros, que en nuestra Euskalherria han tenido características análogas a la de estas máquinas existentes en otros centros productores extraños al país (8); se operó con la técnica del urdido, completada con las operaciones normales de pulimento y acabado, tras de las cuales la pieza elaborada pasaba al secadero, permaneciendo allí hasta su total desecación. Esta tardaba en conseguirse de dos a quince días, según fuese el estado de la atmósfera (temperatura y sequedad del aire) y los secaderos fueron casi siempre locales frescos o cobertizos de estructura muy sencilla y bien aireados. En algunos

(7) Algunos coladores, como los de Cortederra y Apatamonasterio, presentaban ciertas modificaciones —consistentes en la existencia de dos o tres pequeños pozos situados entre la balsa de dilución y la de sedimentación— destinadas a mejorar el proceso de depuración de las tierras arcillosas.

(8) En algún alfar artesano del País Vascofrancés hay memoria de haber sido utilizada la *torneta* o pequeño torno accionado a mano. Por otra parte, los primitivos tornos, a veces bastante defectuosos, han ido recibiendo diversos perfeccionamientos (ejes metálicos, pivote inferior extraduro, cojinetes de bolas, rueda motriz con mayor momento de inercia, etc.) destinadas a mejorar su eficiencia y acrecentar su rendimiento.



2. — HORNO CERAMICO CIRCULAR DE HIJONA

a) Puerta del hogar. — H) Hogar. — L) Laboratorio o cámara de cocción.

alfares, y para determinado tipo de piezas, se utilizó asimismo el modelado por moldeo, llevado a cabo en moldes porosos de yeso o escayola basta o de arcilla cocida.

La cocción de las piezas, una vez secas, se realizó en todo el País Vasco en hornos de tipo árabe, calentados con combustibles vegetales baratos (ramillas y residuos arbóreos, leñas menudas, plantas silvestres diversas) prefiriendo aquéllos que como la argoma seca, diesen al arder llamas abundantes y muy largas. Estos hornos han sido, por lo general, de base cuadrada y tenían tamaños muy variados (entre 30 y unos 100 metros cúbicos) pero excepcionalmente existió algún horno de planta circular, como el que funcionó en Hijona (Alava): en la cámara de cocción o laboratorio de alguno de tales hornos alfareros había un doble tabique interior, que llegaba hasta más arriba de la mitad de su altura, y que al dirigir convenientemente la circu-

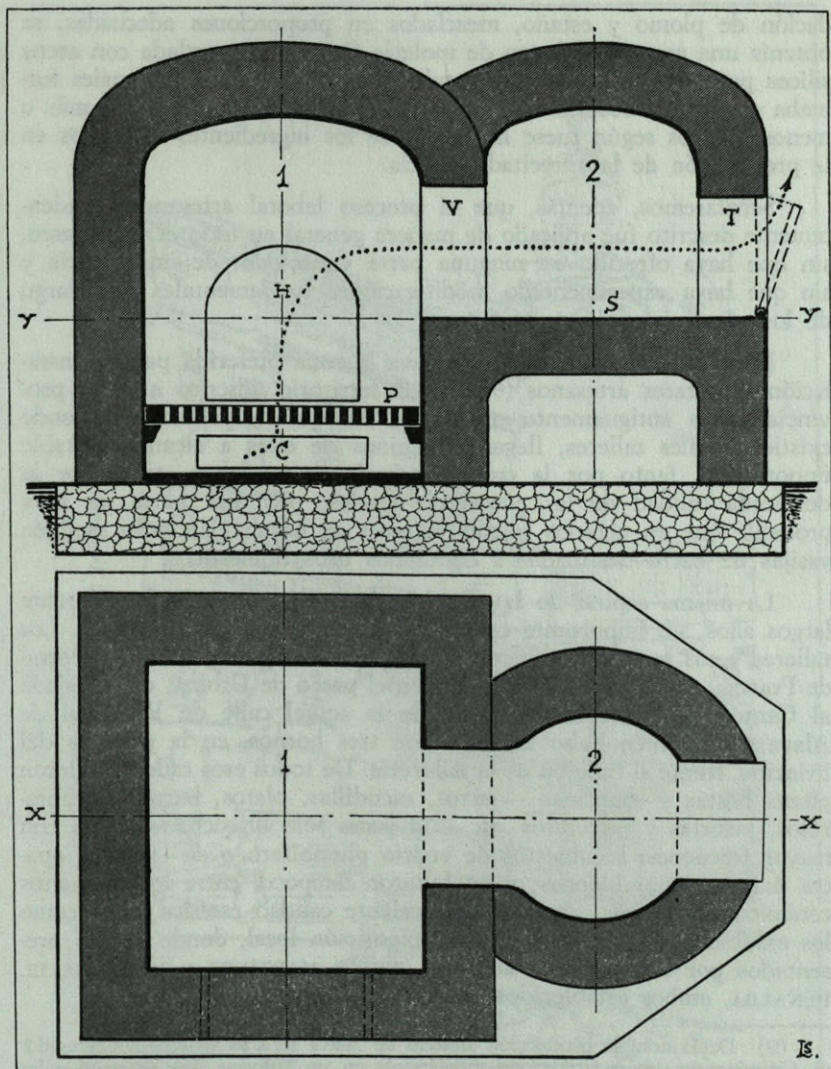
lación del flujo calorífico dentro de dicha cámara, favorecía la regularidad de las temperaturas existentes en las diversas zonas de ella, mejorando notablemente el desarrollo del proceso de cocción.

Los hornos utilizados en estas provincias vascas estaban abiertos por su parte superior, y para proteger la carga que iba a cocerse en ellos, evitando posibles accidentes fortuitos debidos a un enfriamiento accidental producido ocasionalmente, se cubría dicha carga con una capa de tejas rotas y cascotes (piezas inútiles partidas) que formaban un aislamiento protector fácilmente atravesado por los gases procedentes del hogar donde ardían los combustibles destinados a calentar el horno.

El laboratorio de éste se llenaba de vasos, distribuidos en pisos o «*tacas*» superpuestas: y la estabilidad de esa carga se aseguraba, en muchos lugares del país, interponiendo en ella un entramado reticular formado por series de columnas construidas apilando unos cilindros arcillosos huecos (llamados «*bodoques*») encima de los cuales se apoyaban alineaciones de ladrillos, que formaban un entrepiso: dichas alineaciones iban de pared a pared de los hornos, a lo largo y a lo ancho de éstos. También ha sido frecuente el separar entre sí las piezas cargadas en ellos, utilizando unos pequeños trébedes elaborados con arcillas cerámicas refractarias.

El proceso de cocción se vigilaba por diversos procedimientos, siempre muy sencillos, figurando entre los mismos el uso de mirillas tubulares empotradas en las paredes del horno (iluminándolas por combustión de yesca), la extracción de catas dispuestas convenientemente, y la observación del color adquirido por los vasos situados en las partes más altas del laboratorio: cuando el tono de tales vasos era blanquecino y resplandeciente, la cocción podía darse por terminada, y luego, una vez frío el horno, se procedía a su descarga, revisando a continuación las piezas extraídas para eliminar las defectuosas y las que pudiesen presentar roturas.

Queda por indicar que mientras se llevaba a cabo el tratamiento térmico de las vasijas introducidas en el horno, quedaban fijadas sobre éstas las cubiertas (vedríos o esmaltes) así como los decorados cromáticos, si unas y otros hubieran sido aplicados a cada pieza después del secado y antes de enhornarlas. Los vedríos fueron obtenidos inicialmente con una mezcla de mineral de plomo (*Galenas trituradas*) y de arena silíceo blanca, pero posteriormente el citado mineral fue sustituido por óxidos de plomo obtenidos industrialmente; y para elaborar los esmaltes, existieron en muchos alfares unos hornos especiales —llamados «*padillas*»— provistos de dos cámaras, en las que por fusión y oxi-



3.—CORTE ESQUEMATICO DE UNA PADILLA

- 1.—CAMARA DE COMBUSTION. — C) Cenicero y toma de aire. — P) Parrilla. — H) Hogar. — V) Paso a la cámara de oxidación.
 2.—CAMARA DE OXIDACION. — S) Solera de la cámara. — T) Puerta de descarga y salida de gases.

El corte vertical corresponde a la sección media x-x; y el corte horizontal al nivel y-y.

dación de plomo y estaño, mezclados en proporciones adecuadas, se obtenía una masa, que luego de molerla finamente mezclada con arena silíceo pura, era utilizada para recubrir las vasijas, sobre las cuales formaba durante la cocción una capa adherente y opaca, de tonos más o menos blancos según fuese la pureza de los ingredientes utilizados en la preparación de la antecitada mezcla.

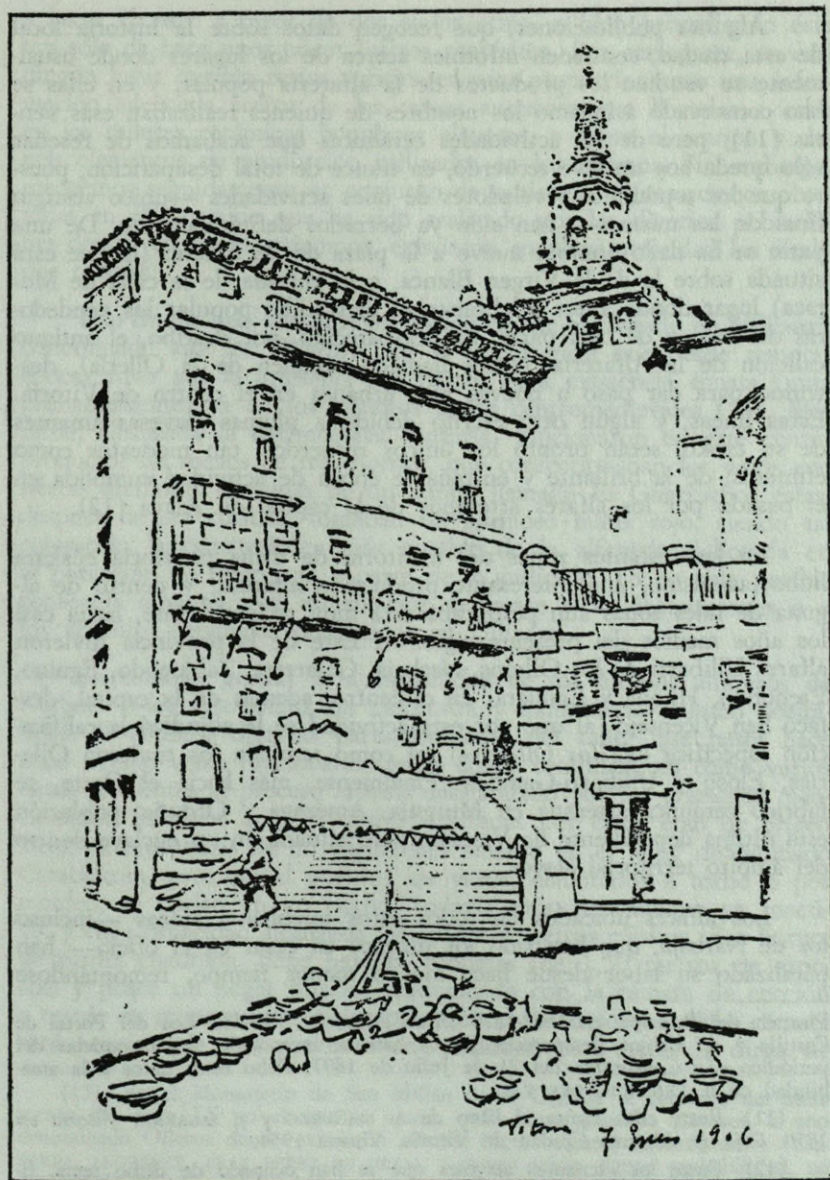
Señalaremos, además, que el proceso laboral artesano precedentemente descrito fue aplicado de manera general en todo el País Vasco, sin que haya ofrecido en ninguna parte variaciones de importancia y sin que haya experimentado modificaciones fundamentales a lo largo de los años.

En el referido país ha sido Alava la zona preferida para la instalación de alfares artesanos (9). En el territorio adscrito a dicha provincia hubo antiguamente no menos de quince poblaciones donde existieron tales talleres, llegando algunos de ellos a alcanzar notable importancia, tanto por la crecida cuantía de su labor, como por la destacada calidad de las piezas elaboradas; por otra parte, es muy probable que en algunos tejares alaveses se hayan elaborado también vasijas de barro destinadas a cotidianos usos domésticos.

La misma capital de la mencionada provincia vasca fue, durante largos años, un importante centro productor de alfarería popular. Los talleres y sus hornos estuvieron situados en el Alto del Prado y Portal de Francia, en la calle de Castilla y en el paseo de Urbina, en la bajada al Cantón de Santa María (cerca de la actual calle de Villarreal de Alava); y también hubo un alfar con tres hornos, en la plazuela del Príncipe, frente al callejón de la Alfarería. De todos esos talleres salieron piezas bastas y semifinas —jarros, escudillas, platos, barreños, cantarillos, macetas y maceteros, etc.— a veces sólo bizcochados, pero con mayor frecuencia recubiertos de vedrío plumbífero o de esmaltes opacos más o menos blancos; y no faltaron tampoco, entre los productos cerámicos vitorianos, algunos de excelente calidad estética, tales como los exhibidos el año 1867 en una exposición local, donde fueron presentados por los maestros alfareros BRUNO MARTINEZ y VICTORIA DL PEÑALBA, ambos establecidos en la capital alavesa (10).

(9) De la notable producción alfarera de Alava se hizo ya eco el Corregidor de Guipúzcoa CANO Y MUCIENTES señalándola en un Informe que presentó a las Juntas de la Provincia celebradas en Deva el año 1756. Véase el acta de la mencionada Junta.

(10) El alfar más antiguo del que existen datos, funcionaba en Vitoria el año 1806 y era propiedad de BERNARDO FERNANDEZ DE BETOÑO (Actas Ayunt. T. 113); están documentados asimismo los situados en el Alto del Prado en 1850 (Arch. Municip. 35-6-90), portal de Francia en 1852 (Arch. Municip. 35-6-58) y



4.— VITORIA. — Plaza de las Olleras. (Dibujo de S. de Aspiazu).

Algunas publicaciones, que recogen datos sobre la historia local de esta ciudad, contienen informes acerca de los lugares donde usualmente se vendían los productos de la alfarería popular, y en ellas se han conservado asimismo los nombres de quienes realizaban esas ventas (11); pero de las actividades cerámicas que acabamos de reseñar sólo queda hoy un leve recuerdo, en trance de total desaparición, puesto que los topónimos reveladores de tales actividades —único vestigio final de las mismas— han sido ya borrados definitivamente. De una parte se ha dado nombre nuevo a la plaza de las Olleras (la que está situada sobre la de la Virgen Blanca, a la entrada de la calle de Moraza) lugar donde antes celebraban el mercadillo popular las vendedoras de loza; y de otra parte, ha desaparecido, por derribo, el antiguo callejón de la Alfarería, (antes llamado también de la Ollería), destruido para dar paso a nuevas vías urbanas en el centro de Vitoria. Estas líneas, y algún otro escrito debido a plumas alavesas amantes de su txoko, serán pronto los únicos recuerdos, tan modestos como efímeros, de la brillante y entrañable época de actividad cumplida en el pasado por los alfares artesanos de la capital de Alava (12).

En las restantes zonas del territorio de dicha provincia eúskara hubo, asimismo, una interesante producción alfarera; y dentro de alguna de tales zonas aún perduraba ésta muy recientemente, hasta casi los años medios del presente siglo. Al Este de la provincia tuvieron alfares Ullibarri de los Olleros, Narbaja, Galarreta, Zalduendo, Eguino, Erenhun, Hijona y Eguileta; en el centro, además de la capital, destacó San Vicentejo (al que por esta actividad se le adjudicó la calificación específica «*de los Olleros*») así como también los tuvieron Ollerías, Elosu y Ullibarri-Gamboa. Finalmente, más hacia el Oeste, se fabricó cerámica artesana en Murguía, Amézaga y Orduña, población esta última dependiente de Vizcaya, pero situada en un enclave dentro del ámbito territorial alavés.

Los alfares ubicados en todos estos pueblos y aldeas —incluso los de Narbaja, que han sido los últimos en cesar en el oficio— han paralizado su labor desde hace más o menos tiempo, remontándose

Plazuela del Príncipe, en 1861-1870 (Arch. Municip. 35-6-58). Los del Portal de Castilla y de Urbina desaparecieron por haberse incendiado, según noticias del periódico «*La Concordia*» del 21 de Julio de 1897. Debo estos datos a la amabilidad de D. VENANCIO DEL VAL.

(11) Entre ellos figura el libro de A. MAÑUECO y J. SAGARNA: *Vitoria en 1850*. Caja de Ahorros Ciudad de Vitoria. Vitoria 1954.

(12) Entre los escritores alaveses que se han ocupado de dicho tema, figura D. VENANCIO DEL VAL (*Vida Vasca*. XXXVI. Año 1959, págs. 21-23) que es un buen conocedor de las antigüedades vitorianas.

a veces el paro a cerca de dos siglos atrás, o bien procediendo éste tan sólo de hace unos pocos lustros pretéritos. Por otra parte, en casi ningún lugar quedan restos suficientes para proporcionarnos una información adecuada acerca de las tareas anteriormente llevadas a cabo en los talleres cerámicos populares alaveses, y sobre el equipo y demás elementos de producción utilizados en los mismos. Sin embargo, recogemos seguidamente un conjunto de noticias e informaciones obtenidas en el recorrido que ha sido realizado por las diversas poblaciones donde, en pasados tiempos, existieron en plena actividad los aludidos talleres.

Uno de los más antiguos ha debido de ser el ubicado en Ullibarri, denominado «*de los Olleros*» por la importancia que desde remotas épocas tuvo allí la artesanía del barro, cuya existencia consta (muy probablemente) ya en los remotos siglos centromedievales (13). Más tarde, alcanzada la decimoctava centuria, funcionaron en este centro productor no menos de tres hornos, que confeccionaban los vasos con tierras arcillosas extraídas de un paraje llamado El Guartucho: éstas, después de ser cocidas, tomaban un hermoso matiz rojo, siendo tal coloración la característica más notable de la alfarería elaborada en la población de referencia. Aparte de lo indicado, no ha sido posible conseguir ninguna otra información referente a las instalaciones o a los artículos cerámicos producidos en Ullibarri.

En cambio, gracias a la amabilidad de los últimos alfareros de Narbaja —los FERNANDEZ DE LARRINOA y GARMENDIA— hubo posibilidad de conocer diversas particularidades del taller que hasta hace poco tiempo venía funcionando en la citada localidad, así como varios datos referentes al proceso laboral desarrollado por los artesanos mencionados. Sabemos que las tierras utilizadas por éstos eran de origen local, extrayéndolas de un yacimiento situado en el lugar denominado Carabeltrán, próximo al pueblo; los vasos, elaborados a torno o por moldeo, se cocían en un horno, todavía existente aunque ya inactivo, y cuya capacidad alcanzaba los cuarenta metros cúbicos. Ese horno, de planta cuadrada, tiene paredes robustas (de 1,50 metros de espesor) y posee un hogar inferior comunicado con la cámara de cocción a través de numerosos orificios practicados en su solera: dicha cámara está provista de una puerta lateral utilizada para hacer la carga de

(13) En el Monasterio de San Millán de la Cogulla se conserva un documento del siglo IX en el que se alude, entre otros pueblos alaveses, a uno denominado Olleros donde existieron alfares. Según algunos investigadores (BALPARDA, LLORENTE, FRAY PEREZ DE URBEL y otros) existe alguna probabilidad, no confirmada, de que ese pueblo fuese el actualmente conocido como Ullibarri de los Olleros.

los vasos, carga que en algunas ocasiones ha llegado a superar los diez millares de piezas. Por esta razón, y a fin de asegurar la estabilidad de las mismas, se intercalaba entre ellas un armazón o andamiaje reticular —cuyas características han sido ya reseñadas anteriormente— que cumplía una misión reforzante e inmovilizadora, muy favorable para el éxito de los tratamientos térmicos a que las piezas iban a ser sometidas dentro del horno.

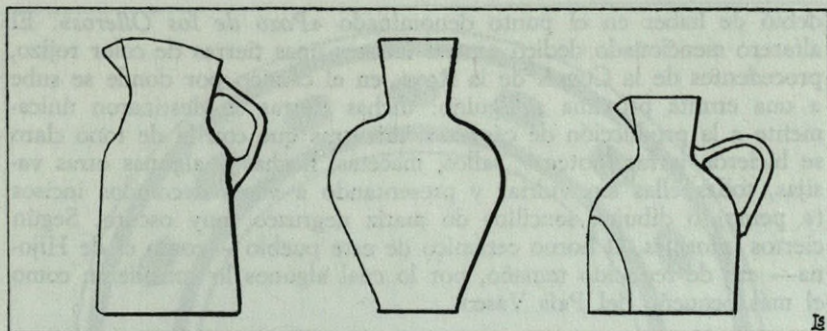
El caldeo de éste se realizaba quemando en su hogar, tanto argomas secas, como cascarilla y ramillas de pino y otros residuos vegetales, recogidos en los montes propiedad de este pueblo (14). La cocción, como el resto de las operaciones llevadas a cabo por los alfareros locales, ofrecía las particularidades usuales en esta labor artesana, y mediante el trabajo de aquéllos, se han venido obteniendo en Narvaja jarros, ollas, odres, platos, tazones y escudillas, macetas y maceteros, centros decorativos y jarrones ornamentales que a veces tuvieron un crecido tamaño; también se elaboraron cazuelas para cocinar, en cuya confección se utilizó un barro refractario traído de Zamora (15). Muchos de tales artículos —cuyos colores una vez cocidos variaban entre el amarillo anaranjado y el pardo rojizo— estaban sólo bizcochados y sin cubierta; otros llevaban vedrío, en toda su superficie o sólo en parte de ella, y los hubo también recubiertos de esmalte estannífero blanco, aplicado a la totalidad o a una parte de sus superficies interna y externa.

Algunas de las vasijas procedentes de esta población alavesa están decoradas mediante incisiones sencillas (líneas, círculos, letras, escudos...) y otras han sido adicionadas, en todo o en parte, de una cubierta o engalba coloreada, que era luego fijada bajo el vedrío transparente. Pueden encontrarse vasos ornamentados con relieves diversos o con envolturas exteriores de arena o de piedrecillas, adheridas sobre cada pieza después de modelada y antes del secado; y no faltan tampoco las que ostentan una decoración menos ortodoxa, realizada con pinturas sintéticas destinadas a imitar el aspecto y la coloración del cobre patinado.

Próximo a Narvaja se encuentra Galarreta, que no sólo fue un

(14) Este pueblo, como la mayoría de los dedicados a la obtención de productos cerámicos, poseía no sólo arcillas propias, sino también montes donde obtener combustibles para los hornos. Narvaja era dueña del monte Ascarza y de parte del monte Zurbano.

(15) Las llamadas «tierras de Zamora», que son arcillas refractarias exentas de álcalis, se vienen utilizando desde muy antiguo y las citan ya tratadistas extranjeros del siglo XIX, tales como BRONGNIART en: *Traité des arts ceramiques ou des posteries*. París (Bechet) 1844, Atlas, cuadro V.a.



5.— Jarrillo, Cántaro y Jarro de Narbaja (Alava).

centro alfarero notable por su importancia (pues llegó a tener cinco hornos) sino que también ha sido un lugar de producción de tierras para esa industria artesana, enviadas luego a otros puntos de la provincia. Según las noticias conocidas, los talleres de este pueblo fueron fundados cuando promediaba el siglo XVIII, debiéndose su instalación a la iniciativa de unos alfareros aragoneses —los hermanos SALINAS— a cuya llegada siguió poco después la de otros de apellido BOIE, oriundos de Francia. En Galarreta han proseguido las actividades productoras de vasijas de barro hasta el primer tercio de la centuria actual, habiendo cesado luego totalmente.

También hubo alfares en Zaldueño, pequeña población alavesa cercana de las dos anteriormente citadas. Se conoce la existencia de un taller que utilizó para su labor tierras locales, extraídas en Goztingorri y depuradas mediante «coladores» situados en el barranco de Guztibizkar: en ellos eran empleadas, para el lavado de tierras, las aguas de un riachuelo denominado Urbietas, que corre por el barranco mencionado. El taller de esta población dejó de trabajar el año 1922 y no debió de tener demasiada importancia en ningún momento.

Otro pueblo alavés en donde también se obtuvieron artículos cerámicos, ha sido Eguino: allí, a principios del siglo XVIII, funcionó el taller de MARTINEZ DE GUEREÑU. La actividad productora de éste, sólo estacional, no fue excesivamente notable, pues únicamente efectuó dos o tres hornadas por año: en su labor empleó generalmente unas tierras de color claro extraídas en Albertia, lugar situado no lejos del casco urbano y por el que corre el caudal procedente de la fuente Tellería, siendo probablemente éste el utilizado en los «coladores» que

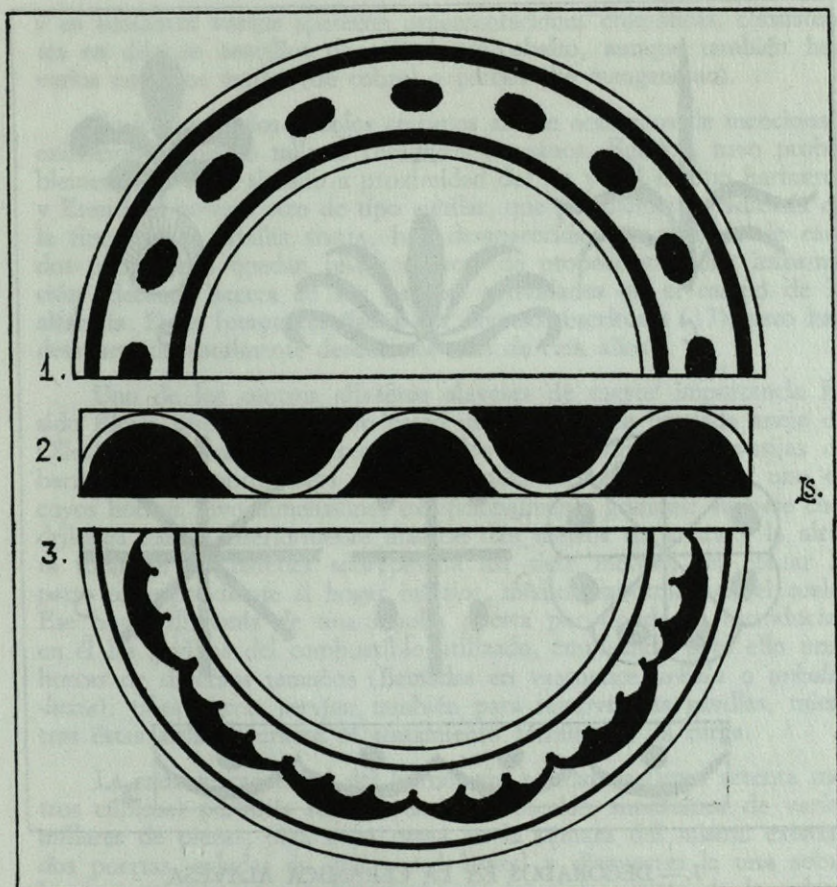
debió de haber en el punto denominado «*Pozo de los Olleros*». El alfarero mencionado dedicó a otras labores unas tierras de color rojizo, procedentes de la Cuesta de la Roya, en el camino por donde se sube a una ermita próxima a Eguino: dichas tierras se destinaron únicamente a la producción de cántaros, mientras que con la de tono claro se hicieron jarras, botegas, rallos, macetas, huchas y algunas otras vasijas, todas ellas sin vidriar y presentando a veces decorados incisos (a peine) o dibujos sencillos de matiz negruzco muy oscuro. Según ciertos informes, el horno cerámico de este pueblo —como el de Hijona— era de reducido tamaño, por lo cual algunos lo consideran como el más pequeño del País Vasco.

En otra zona de la provincia de Alava, situada al Sudeste de su capital, existieron tres centros alfareros —Hijona, Eguileta y Erenchun— íntimamente relacionados entre sí. Hay referencias sobre el funcionamiento de alfares en Hijona a fines de la centuria decimotercera (16) y en dicha población existen todavía los restos de un horno cerámico, que a diferencia de lo usual en Euskalherria, es de planta circular y pequeño volumen (unos diez metros cúbicos): está situado en la parte más alta del pueblo, junto a la campa de El Juncal, y sirvió primeramente para hacer vasijas de barro, reconstruyéndolo luego con objeto de dedicarlo a la confección de tejas y ladrillos. Tiene poca altura y paredes delgadas, pero a pesar de ello, por estar construido a media ladera y empotrado casi completamente en el terreno que le rodea (véase figura pág. 11), ha podido conservar fácilmente el calor durante las etapas de tratamiento térmico de los diversos productos introducidos en él para cocerlos.

Tales productos eran elaborados con arcillas pardo-grisáceas, refinadas por dilución y decantación en una balsa todavía reconocible, ubicada en lugar próximo al horno. Después de modelados y secos, los vasos pasaban a la cámara de cocción, que carecía de puerta de acceso y por ello recibía la carga desde lo alto, pudiéndose llenar sin dificultad a causa de la escasa altura de tal cámara; para separar las piezas colocadas en ella se utilizaron unas pequeñas trébedes de cinco centímetros de arista, facilitándose con éstas la circulación del calor a través de la carga, al mismo tiempo que se evitaba la mutua adherencia entre las piezas apiladas en el horno.

El combustible utilizado para alimentar la fogata de éste era una mezcla formada por atarca, brezo y residuos vegetales diversos, pro-

(16) El Ayuntamiento de Vitoria firmó en 1820 un contrato con los alfareros de Hijona para el suministro de 1.400 arcaduces con destino a la nueva fuente en construcción en dicha ciudad. (Actas Ayunt. 22 Junio 1820).

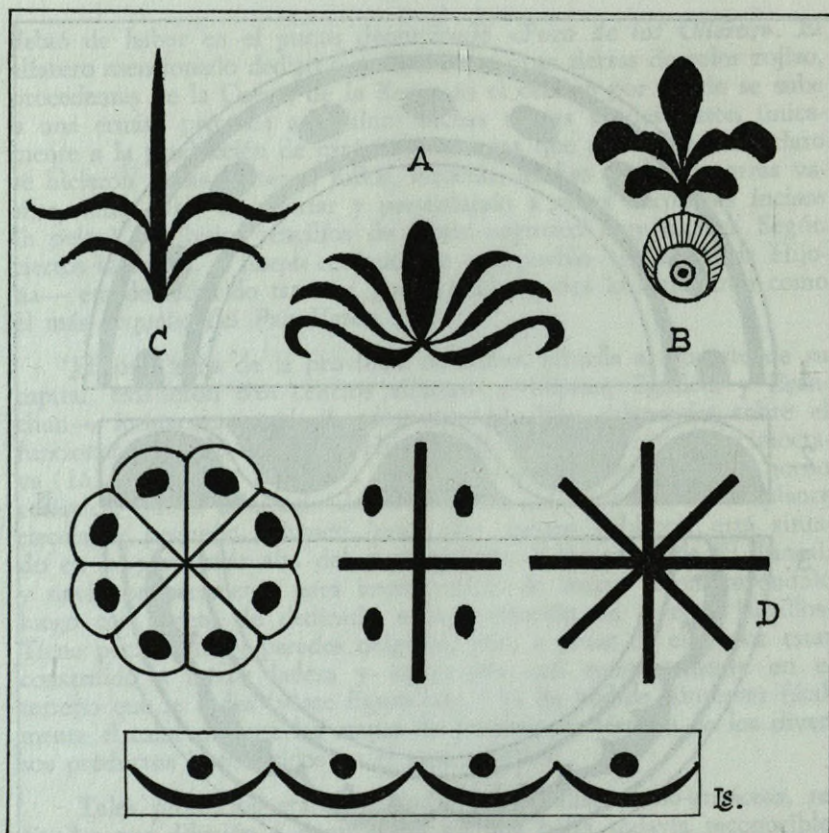


6.—DECORADOS EN LA CERAMICA ALAVESA

1 y 3. Platos de Hijona (Alava). — 2. Banda decorativa en una jarra de Galarreta (Alava).

cedentes de los montes Adurrea y Sogana, ambos propiedad del pueblo de Hijona.

De las alfarerías artesanas existentes en esa pequeña población alavesa, salieron en abundancia piezas de loza ordinaria de los más



7.—DECORADOS EN LA CERAMICA ALAVESA

A y C. Decorados de Elosu y Eguileta. — B. Decorado de Vitoria. —
D. Decorado de Hijona.

Los restantes motivos aparecen en diversos vasos alaveses de variada procedencia.

variados tipos, incluyéndose en ellas tazas y tazones, platos, cántaros, barreños o cuencos grandes, ollas y otros artículos de uso doméstico cuya demanda era importante en los diversos mercados de la provincia, donde los productos confeccionados en Hijona gozaban de merecida estimación. Muchos de ellos llevaban cubiertas de esmalte blanco,

y en bastantes vasijas aparecen ornamentaciones cromáticas, consistentes en dibujos sencillos de color azul cobalto, aunque también hay varios en tonos verdes (de cobre) o pardos (de manganeso).

En los otros dos pueblos cercanos al que acabamos de mencionar, existieron asimismo talleres cerámicos artesanos. Eguileta tuvo probablemente un alfar situado a proximidad del río y del molino harinero; y Erenchun poseyó otro de tipo similar, que posiblemente radicaría en la finca de la familia SORIA, hoy desaparecida: en ninguna de esas dos poblaciones quedan restos capaces de proporcionar una información adecuada acerca de sus pasadas actividades en el campo de la alfarería. Estas fueron reseñadas por diversos escritores (17), pero han desaparecido totalmente desde hace más de cien años.

Uno de los centros alfareros alaveses de mayor importancia ha sido Elosu, que en su propio casco urbano o en la barriada aneja de Ollerías, tuvo varios talleres dedicados a la obtención de vasijas de barro. Destacó entre estos el de la familia ORTIZ DE ZARATE, uno de cuyos hornos tuvo dimensiones excepcionalmente grandes: su base cuadrilonga medía interiormente más de tres metros de arista y la altura total de las paredes sobrepasaba los siete metros, sin contar la parte correspondiente al hogar inferior, medio empotrado en el suelo. Ese hogar disponía de una amplia puerta por donde se introducían en él las gavillas del combustible utilizado, empleando para ello unas horcas de diversos tamaños (llamadas en vascuence *urkulu* o *urkulu-luxia*): tales horcas servían también para remover las gavillas, mientras éstas ardían durante el tratamiento térmico de la carga.

La enorme capacidad del horno que reseñamos (unos setenta metros cúbicos) permitía realizar en él la cocción simultánea de varios millares de piezas, para cuya carga en la cámara del mismo existían dos puertas, caladas en una pared lateral y dispuestas la una sobre la otra; primero se cargaba el espacio inferior, encima de la solera, agrupando los vasos en capas homogéneas superpuestas y depositando sobre cada capa, al terminarla, una tabla que servía de apoyo al alfarero mientras formaba la capa o «taca» siguiente. Una vez alcanzada

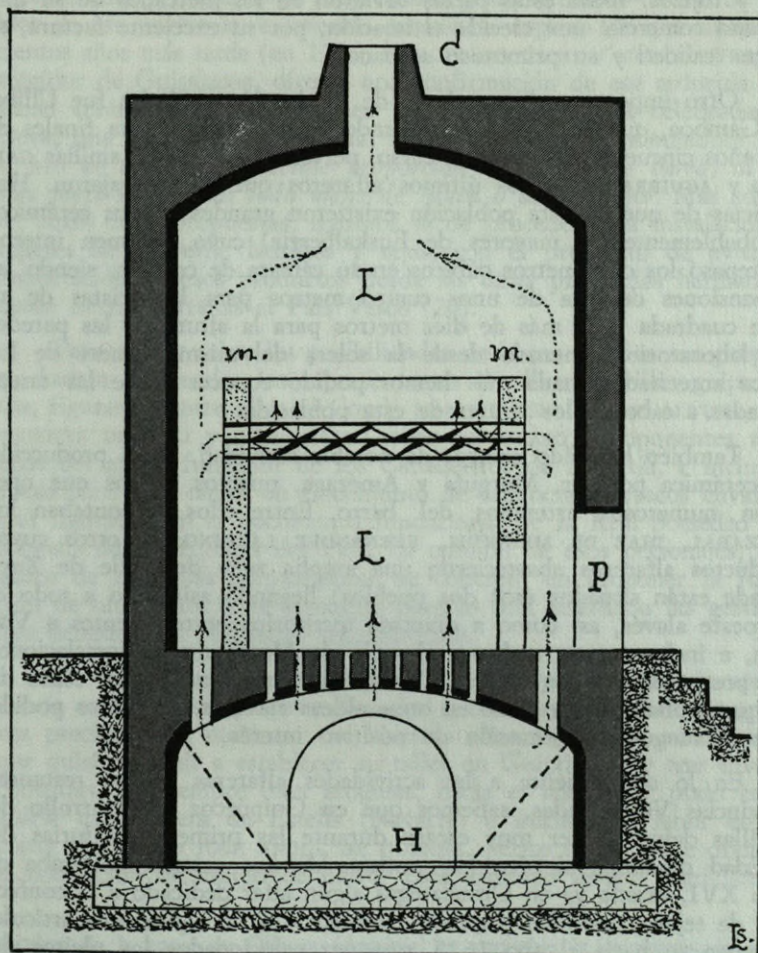
(17) La antigüedad e importancia de los alfares de Eguileta queda confirmada porque cuando en 1706 se reunió en Vitoria el Capítulo General de la Orden de San Francisco, el convento de ella radicado en Vitoria firmó un contrato con tres alfareros del pueblo mencionado para el suministro de 13.161 piezas (entre ellas 8.800 platos de varios tamaños) destinadas a las necesidades de los asistentes a dicho Capítulo. Otros datos en G. LOPEZ DE GUEREÑU. *Los Franciscanos y la cerámica alavesa*. Bol. Soc. Excurs. M. Iradier. Núm. 67. Vitoria 1962, pag. 22.

con ellas la altura media del horno, se tapiaba la puerta inferior y utilizando la otra puerta, se continuaba llenando la mitad restante de aquél hasta cerca de su boca; ésta, como es usual en los hornos del País Vasco, no poseía ninguna clase de cerramiento, y por esta razón, sobre la última capa de la carga se apilaban cascotes (trozos de tejas y vasijas rotas) a fin de establecer una cubierta protectora, siguiendo la práctica indicada ya en otro lugar anterior.

El caldeo de los hornos de Elosu se conseguía quemando en sus hogueras argoma seca: ese combustible, apto para arder produciendo gran cantidad de llamas largas, abundaba mucho en el monte Mendi-gain, propiedad del mencionado pueblo. Las llamas de esa fogata penetraban en la cámara de cocción atravesando su solera por dieciseis agujeros grandes, practicados en el espacio central de ella; y a pleno tiro, el fuego conseguía alcanzar las partes más altas del horno, después de haber atravesado tales orificios. Otros veinte agujeros más pequeños, colocados alrededor de los anteriormente citados, dejaban pasar el fuego que calentaba las regiones media y baja de la cámara de cocción (18): así se lograba que el tratamiento térmico se realizase en condiciones muy perfectas en un plazo de dieciocho a veinte horas, incluyendo en ellas el proceso final de enfriamiento, durante el cual la boca de carga del hogar debía permanecer cerrada, para evitar la acción perjudicial de las corrientes de aire, que si hubiesen penetrado por dicha puerta —en el caso de estar abierta— podrían causar roturas en los vasos calientes contenidos en el laboratorio del horno.

En Elosu, junto con su barrio de Ollerías, existieron hasta cinco alfares, actualmente desaparecidos todos ellos. Allí, con tierras arcillosas locales extraídas de terrenos hoy cubiertos por las aguas del ambalse de Santa Engracia, se confeccionaron jarras, vasos, mantequeras, tazas y escudillas, platos de tipos muy variados, cántaros, botijos, macetas, tinajas pequeñas (hasta de 25-30 litros de capacidad) y otras piezas de barro, incluso de tipo ornamental: algunas de esas vasijas estaban simplemente bizcochadas, pero otras fueron recubiertas con vedríos de plomo, dispuestos a veces sobre engalbas claras, hechas con tierras traídas de Bernedo o de las zonas mineras vizcaínas. También se utilizaron cubiertas opacas de esmalte estannífero, y sobre ellas

(18) Los combustibles para hornos cerámicos deben arder dando llamas largas y abundantes, que el tiro arrastra hasta las zonas más altas de la cámara de cocción. Cuando se utilizan otros combustibles (por ej.: cascarillas o ramillas de pino) que carecen de la citada propiedad, deben usarse hornos pequeños o cargar los grandes sólo parcialmente, a fin de asegurar así un favorable resultado del tratamiento térmico.



8.—HORNO CERAMICO DE DOBLE PARED INTERIOR

H) Hogar. — L) Laboratorio o cámara de cocción. — P) Puerta del Laboratorio. — m-m) Envoltura o pared interior. — C) Chimenea.
Las flechas marcan las trayectorias del flujo calorífico en el horno.

se realizaron vistosos decorados cromáticos en tonos amarillos, verdosos y rojizos: todas estas piezas tuvieron en los mercados de su hinterland comercial una crecida estimación, por su excelente factura, su buena calidad y su primoroso acabado.

Otro importante lugar alavés de producción cerámica fue Ullibarrri-Gamboa, que ha seguido trabajando en esta labor hasta finales de los años cincuenta del siglo en curso, perteneciendo a las familias GALDOS y AGUIRREBEITIA los últimos alfareros que allí trabajaron. Hay noticias de que en esta población existieron grandes hornos cerámicos (probablemente los mayores de Euskalherria) cuyo volumen interno sobrepasó los cien metros cúbicos en su cámara de cocción, siendo las dimensiones de ésta de unos cuatro metros para las aristas de su base cuadrada y de más de diez metros para la altura de las paredes del laboratorio, contando desde la solera del mismo. Fuera de los datos antecitados, nada más hemos podido conocer sobre las tareas llevadas a cabo en los alfares de esta población.

También han sido centros de notable actividad, en la producción de cerámica popular, Murguía y Amézaga, pueblos en los que operaron numerosos artesanos del barro. Entre ellos se contaban los GANZABAL, DIAZ DE MENDIVIL, FERNANDEZ LARRINOVA y otros cuyos productos alfareros abastecieron una amplia zona del valle de Zuya (donde están situados esos dos pueblos) llegando asimismo a todo el Noroeste alavés, así como a diversos territorios pertenecientes a Vizcaya, e incluso penetrando en el valle de Mena: de las instalaciones que poseyeron los dos centros últimamente mencionados, así como de las que probablemente hubo en otras aldeas alavesas, no hemos podido obtener ninguna información de positivo interés.

En lo concerniente a las actividades alfareras de las restantes Provincias Vascongadas, sabemos que en Guipúzcoa el desarrollo de aquéllas debió de ser muy escaso durante las primeras centurias de la Edad moderna, si bien hay noticias de que cuando finalizaba el siglo XVI, existía ya en Ormaiztegui algún alfar dedicado a la confección de tejas y ladrillos y quizás también a la de algún otro artículo de barro; y hacia el año 1615, una vez solucionados los pleitos de límites de su Municipio, funcionaron asimismo en Cegama otros talleres similares (19), siendo remota la tradición alfarera de esta población guipuzcoana.

(19) Datos del P. IGNACIO IPARRAGUIRRE, S.J. en: *Cinco villas del alto Goierri*. San Sebastián (Edic. Caja Municip. Ahorros) 1957, pág. 48. — Por otra parte G. MANSO DE ZUÑIGA en: *Un alfarero guipuzcoano* (Bol. R. Soc. Vasc. II. Cuad. 2.º, pág. 225-227. Año 1946) opina que si no ha sido deformado el

Se citan además probables tareas en el mencionado oficio —no especificadas y desde luego muy escasas y elementales— en otros pueblos de esa provincia, existiendo constancia expresa de que unos doscientos años más tarde (en 1756) DON PEDRO CANO Y MUNCIENTES, Corregidor de Guipúzcoa, ofreció una confirmación de esa reducida actividad cerámica, al presentar, en las Juntas Generales celebradas en Deva, una exposición en la cual indicada que: «Consumiéndose para el uso de las casas indecible proporción de vasijas de barro, ni una sola pieza se fabrica: todo viene de Alava o de Castilla». Más adelante, entre otras propuestas, figuraba la de proceder a la instalación de talleres de alfarería, ladrillos y tejas, con el propósito de evitar la importación de esos productos desde las otras provincias hermanas o desde tierras extrañas al País Vasco (20).

Para opinar sobre las posibilidades de hacer efectiva esa propuesta, fueron designados los representantes de diversas villas guipuzcoanas, figurando entre ellos el Conde MANUEL IGNACIO DE ALTUNA, DON VICENTE DE LILI y DON MIGUEL JOSE DE OLASO, componentes todos ellos del grupo fundador de los Caballeritos de Azcoitia, e incluidos, pocos años más tarde, en el conjunto de aristócratas vascos cuyas firmas figuraron en el documento fundacional de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. La opinión de esos personajes, delegados de las villas guipuzcoanas, se concretó en proponer la fundación de una alfarería en Azcoitia, para lo cual señalaron las gestiones que deberían ser realizadas seguidamente.

De acuerdo con la propuesta antecitada y operando en concordancia con la misma, fueron llevadas a cabo seguidamente las gestiones precisas para contratar un Maestro alfarero, con la condición de que quisiera venir a establecer su taller en Guipúzcoa: y tras diversas consultas, no siempre bien acogidas, hacia el año 1757 pudo conseguirse que viniera de Estella (Navarra) e iniciase su labor en Azcoitia el alfarero JOSE ANGEL DE QUENDE, perito en el noble oficio de la confección de vasijas de barro. Este artesano instaló seguidamente

nombre de la torre de Ollacua (Azcoitia) es probable la existencia de alfares en dicha villa en tiempos ya lejanos. — De ella procedía asimismo JOAN DE ETXEBERRIA, Maestro de alfahar, quien trabajó en Talavera de la Reina en 1672, de donde luego huyó a Castañar de Ibor.

(20) Esos datos constan en el «Registro de la Junta General que esta M.N. y M.L. provincia de Guipúzcoa ha celebrado en la N. y L. villa de Deva este año de 1756». Impreso en San Sebastián por Lorenzo Joseph de Riesgo y Montero. — Además de este documento (ya aludido en la nota 9) véase también el que obra en el Arch. Prov. de Guipúzcoa, en Tolosa, Sec. 2.ª Negoc. 21. Leg. 65. Años 1756-1757.

el referido taller en la casa azcoitiana denominada «*de Jausoro*», donde debió intentar dar satisfacción al contrato establecido entre él y la Provincia en cumplimiento de las decisiones tomadas en la Junta a que anteriormente nos hemos referido, y de acuerdo con la recomendación hecha por los representantes de los principales pueblos guipuzcoanos (21).

Son muy escasas las noticias e informaciones relativas al desarrollo de la empresa de que nos estamos ocupando, y sobre los medios arbitrados para conseguir el éxito de la misma: pero un documento de la época, nos ha proporcionado algunas referencias acerca del alfar azcoitiano, señalando su ubicación definitiva y algunos datos sobre el horno existente en el mismo. Nos hace saber además que el trabajo realizado dio lugar a diversas averías —no concretadas— en el referido horno, llegando éstas a destruirle casi totalmente: hubo pues necesidad de reconstruirlo (el año 1761) y para ello se buscaron los recursos indispensables, procediéndose a efectuar la obra seguidamente a fin de reanudar las tareas en el taller cerámico (22).

En el documento antecitado consta además alguna referencia a los productos obtenidos en el aludido taller-escuela provincial, citándose expresamente la confección de ellos; y un papel anejo al mismo nos hace saber que el propietario de la casa de Jausoro reclamó una indemnización por los perjuicios ocasionados en la estructura general del mencionado edificio a causa del funcionamiento del alfar, que poco después dejó de trabajar tras el fallecimiento del Maestro alfarero que lo regentaba (23).

La labor de éste en Azcoitia —cuya duración no fue superior a seis años— tuvo escasa resonancia, y según parece, no consiguió enseñar las técnicas del arte cerámico a ningún mozo capaz de sacar provecho del mencionado oficio (24): es pues incuestionable que en la

(21) El documento citado y otros anejos, a los cuales nos referimos también, forman el «*Expediente relativo al establecimiento de una fábrica de alfarería en la villa de Azcoitia, mediante Escritura otorgada con la Provincia*». (Arch. Prov. Guipúzcoa. Sec. 2.^a Negoc. 21. Legajo 71. Año 1761). — La casa de Jausoro existe todavía y hoy es de propiedad municipal, estando destinada a finalidades culturales.

(22) Las gestiones para arbitrar esos recursos constan en el documento citado de la nota precedente.

(23) El alfarero JUAN ANGEL DE QUENDE falleció en Azcoitia el 2 de febrero de 1763, según consta en el Libro de defunciones. Tomo 2. Folio 330. Núm. 7 de la Parroquia de Santa María, en dicha población guipuzcoana.

(24) El P. LARRAMENDI, en su «*Corografía*» al referirse en 1754 a los oficios de Guipúzcoa, afirmó que: «...para ninguno se valen de forasteros». Pero

época correspondiente a los documentos antecitados, fracasaron totalmente los sucesivos intentos de difundir y arraigar en el territorio vasco esta labor artesana tan interesante y de tanta importancia, puesto que con ella era necesario atender en forma adecuada múltiples y permanentes necesidades fundamentales de la existencia humana (25). Fue preciso reaccionar frente al fracaso que comentamos, y por ello, deseosos de ver convertida en auténtica realidad la proyectada e imprescindible creación de una industria cerámica popular, no cesaron en su labor los futuros componentes de la Sociedad Bascongada, quienes en el último tercio del siglo XVIII, llevaron a cabo nuevos intentos para impulsar dicha creación, incluyendo la empresa dentro del ambicioso plan cultural que pretendían promover para alcanzar el pleno desarrollo social y económico de las tres Provincias Vascongadas.

Los pioneros de la citada Entidad, en el «*Discurso Preliminar*» del «PLAN DE UNA SOCIEDAD ECONOMICA O ACADEMIA DE AGRICULTURA, CIENCIAS Y ARTES UTILES Y COMERCIO, ADAPTADO A LA ECONOMIA Y CIRCUNSTANCIAS PARTICULARES DE LA M.N. Y M.L. PROVINCIA DE GUIPUZCOA», presentado a las Juntas Generales reunidas en Villafranca de Ordizia el año 1763, comenzaron por puntualizar la desfavorable situación de la alfarería guipuzcoana en la fecha aludida, refiriéndose luego a las actuaciones y propuestas originadas a consecuencia de la iniciativa —ya recogida y comentada en párrafos anteriores— debida al Corregidor CANO Y MUCIENTES, seguidamente analizaron, en otros puntos del «Discurso», las causas determinantes del fracaso de cuanto se hizo para el desarrollo de tal iniciativa, y más adelante (ya en el «PLAN» a que nos referimos y en el título XVIII de la segunda parte del mismo) indicaron expresamente que: «*Las fábricas de Teja, Ladrillos, Ollas, Escudillas, Platos y otras piezas de tierra cocida que se trabajan en el País por manos de Extranjeros, hará también la Academia que en adelante corran por cuenta de los paysanos: primero,*

contrariando esta afirmación, añade seguidamente: «*solo he notado que son franceses los tejeros: sin saber por qué, los guipuzcoanos no se aplican a este oficio.*»

(25) Datos de este fracaso constan en el «*Informe de la Sociedad Económica de Amigos del País sobre fomento de los alfareros, tejeros,...*» (Arch. Prov. Guipúzcoa. Sec. 2.^a Negoc. 21. Legajo 72. Año 1770). — Otros esfuerzos realizados para la enseñanza de la alfarería en el País Vasco los recogen los: *Trabajos del V Congreso de Estudios Vascos*. San Sebastián (Nueva Editorial) 1930, págs. 13-14. — Por otra parte, por haber contribuido a ese fracaso la falsa idea entonces generalizada de que existiesen oficios «*que la buena sociedad condenaba al ostracismo por viles e indignos*» figurando entre ellos los de tejeros y alfareros (Juntas de Segura. Año 1760), la Real Sociedad Bascongada estimó preciso tomar medidas para: «*quitar a los naturales la aprensión que tienen de que semejantes oficios desdican de la nobleza.*» (Arch. Prov. Guipúzcoa. Legajo 72 precedente aludido en esta nota).

trayendo Maestros que los enseñen; segundo, animándoles a que se apliquen a aquéllas, ya con las sabias provisiones tomadas por la Junta de Deva, ya por otras que añadirá la Academia» (26).

En relación con tales provisiones, e insistiendo en la idea de crear una industria alfarera provincial autónoma en las condiciones más favorables, la Sociedad Bascongada presentó a los elementos rectores de la Provincia un escrito firmado por varios Socios —entre los cuales figuró el fundador y primer Director de esa Sociedad, CONDE DE PEÑAFLORENDA— en donde, el año 1770, se expusieron los puntos fundamentales o condiciones precisas para la promoción de la industria de referencia. Esas condiciones, según los Amigos del País, deberían ser las siguientes (27):

- 1.º — *Que se prefiera a los naturales (para el trabajo) antes que a los extranjeros, no más hábiles que aquéllos.*
- 2.º — *Que si es preciso utilizar extranjeros, deberán enseñar el oficio a los naturales y para ello se les dé gratis argoma concejil y leña al precio que para las cocinas.*
- 3.º — *Que las repúblicas puedan dar las tejeras sin almonada a quienes convenga, cuando ello parezca más útil al común.*
- 4.º — *Que cualquiera dedicado a ese oficio sea libre de toda clase de impuestos, gravámenes y cargas concejiles.*

Con posterioridad a ese escrito, revelador de los buenos deseos y de la hábil política impulsora de los Caballeritos de Azcoitia, no nos ha sido posible encontrar otras informaciones que pudieran servir para darnos a conocer cuáles fueron los resultados del plausible esfuerzo llevado a cabo por aquéllos en favor de la creación de una industria alfarera guipuzcoana, a la que —si llegó a existir en realidad— no debieron de faltarle los caracteres que hicieran de ella una actividad artesana popular. Estimamos, sin embargo, que la indicada ausencia de informaciones sobre la misma, es un posible indicio de que las iniciativas y desvelos aplicados a conseguir su desarrollo, no llegaron a conseguir el éxito que indiscutiblemente merecían.

En oposición a cuanto acabamos de anotar, hay otras noticias que dan fe de la existencia de ciertas actividades alfareras en territo-

(26) Véase el citado «PLAN» que fue publicado en San Sebastián por Lorenzo Joseph de Riesgo el año 1763.

(27) Esos puntos constan en el documento del Arch. Prov. de Guipúzcoa citado en la nota 25.

rio guipuzcoano, en la segunda mitad del siglo XVIII. Datos de diversas procedencias —inconcretos, pero con visos de realidad— dan a conocer el funcionamiento de talleres cerámicos artesanos no sólo en Azcoitia y Zumárraga (a las que ya hemos aludido precedentemente) sino también en Cegama, Escoriaza, Irún, Legazpia y Vergara, poblaciones en donde esas actividades laborales se iniciaron posiblemente antes de la época que hemos indicado, igual que ocurrió también en la capital de esta provincia (28). Es menos seguro, pero no improbable, que se hayan obtenido artículos de alfarería doméstica en Abalcisqueta, Ataun, Lizarza, Oñate y Vidania, si bien en algunos de estos lugares tales artículos serían únicamente manufacturas, adicionales y secundarias, procedentes de tejares posiblemente existentes en las mencionadas poblaciones.

Todos los talleres cerámicos artesanos que sin duda existieron en el territorio guipuzcoano, han desaparecido hace más o menos tiempo. Quedan muy pocos restos de los mismos, y por lo general, éstos no sirven para llegar a conocer los detalles necesarios para establecer cuáles fueron las instalaciones o los productos de tales talleres: anotaremos, sin embargo, que en Cegama —uno de los pueblos con mayor antigüedad en este oficio— hay todavía algunos restos interesantes de los alfares pretéritos allí existentes. En ellos trabajaron, con acierto e intensidad, diversos artesanos de las familias INSAUSTI, ZARRA, ARREGUI y ARAMENDI, que prosiguieron en su labor hasta mediados del siglo XIX; y en esta población guipuzcoana hubo asimismo un buen molino, dedicado a moler las tierras y los barnices utilizados por sus alfareros, quienes poseyeron también padillas para preparar esos barnices. Otros informes posteriores nos hacen saber que aún quedaban algunas actividades alfareras en Cegama hasta ya bien entrado el siglo corriente.

En Escoriaza, durante los comienzos de la pasada centuria, trabajaba en este oficio un tal ZUBIETA, y su taller estaba situado en las afueras del pueblo, hacia Arechavaleta: allí tenía un horno de base cuadrada de dos metros de arista y cuyas paredes sobrepasaban los cinco metros de altura. Este artesano del barro confeccionó loza común

(28) La existencia de dichos talleres viene reseñada en: MADOZ. *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones*. Madrid 1845 a 1850: tomos varios, artículos sobre las poblaciones que se indican. También CARRERAS CANDI. *Geografía General del País Vasco-Navarro*. Tomo de Guipúzcoa, págs. varias. Barcelona (A. Martí) s/f. Y en diversos tomos de la colección «Pueblos de Guipúzcoa» editada por la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián. — Otros datos sobre producción complementaria de vasos de barro han sido recogidos directamente en la información realizada en diversos pueblos guipuzcoanos.



9.— ALFARERIA POPULAR VASCA

para usos domésticos, vidriada y esmaltada, a la que aplicó ocasionalmente decorados cromáticos de color verde.

Salvo los informes hasta aquí anotados, no poseemos otros datos concretos referentes a poblaciones guipuzcoanas donde anteriormente hayan existido alfares, hoy desaparecidos; y no resulta fácil conseguir noticias relacionadas con los mismos. Desconocemos por ello cuáles hayan podido ser los elementos de trabajo que formaban el

equipo laboral de tales alfares, ignorando asimismo la naturaleza de las técnicas operatorias puestas en práctica en los mismos; pero no creemos que sea erróneo suponer, para el equipo y para las labores realizadas, unas características similares a las ya identificadas en otros centros cerámicos del País Vasco, y en la época que venimos considerando. Por otra parte, puede afirmarse también que las piezas elaboradas en Guipúzcoa debieron de tener formas, calidades y cuantías ajustadas al carácter y a la intensidad de la demanda en dicha provincia, y no muy distintas, en sus características generales, de las confeccionadas en los restantes alfares artesanos de Euskalherria.

Como complemento de lo indicado, consignaremos que ya en el presente siglo se instaló en Vidania un taller, el cual, desde 1930 trabajó con bastante intensidad y con plausible acierto, utilizando como materia prima unas arcillas margosas de origen local. Con ellas y sirviéndose de mano de obra indígena (al menos parcialmente) elaboró una serie de artículos cerámicos ampliamente variados, de excelente calidad y con muy buena factura: entre éstas se encontraban no sólo vasijas ordinarias y semifinas de uso doméstico, sino también piezas ornamentales de artesanía decorativa, bien proyectadas y primorosamente terminadas. Es lamentable que desde el año 1936 se originase un fuerte decaimiento en la labor de este interesante alfar, donde hubo de suspenderse definitivamente el trabajo productor de la loza popular.

Tras el cese del mismo, solamente quedan hoy en actividad, dentro de esta provincia vasca, algunos pequeños alfares situados en Beasain, Oñate y Zarauz: en ellos se confeccionan diversos artículos cerámicos, de naturaleza y características muy variadas.

Tiene interés dejar consignado que actualmente existen en Guipúzcoa algunas escuelas particulares de cerámica: de ellas vienen saliendo objetos utilitarios (platos, ceniceros, portabujías,...) de formas muy variadas y con ornamentación clásica o moderna. Sería deseable que las enseñanzas impartidas por esas escuelas llegasen a crear una sólida afición al trabajo artesano aquí estudiado; ésta podría servir para el resurgimiento de las actividades cerámicas eúscaras: a ellas se vienen dedicando, en solitario, diversos aficionados cuya labor de creación merece toda clase de elogios.

Lo mismo que ha ocurrido en la alfarería guipuzcoana, también se han presentado numerosas dificultades para llegar a conocer las características pretéritas de esa industria popular en los centros productores vizcaínos. Hay, sin embargo, algunas informaciones referen-

tes a los mismos, y entre ellas figuran en primer lugar las concernientes a las materias primas que fueron utilizadas en ellos. Consta la existencia de yacimientos de arcillas cerámicas en las zonas de Cortezubi, Busturia, Forua, Murueta, Durango y Orduña: el de esta última población estaba situado en Guecha, cerca del núcleo urbano de la misma; y el de Durango —próximo a la ermita de San Salvador de Guerediaga— era extenso y de notable potencia. La explotación de esos criaderos de tierras industriales se hizo en superficie, salvo el de Durango, donde el laboreo se realizó en profundidad, llegando a penetrar en él hasta seis metros por debajo del nivel del suelo.

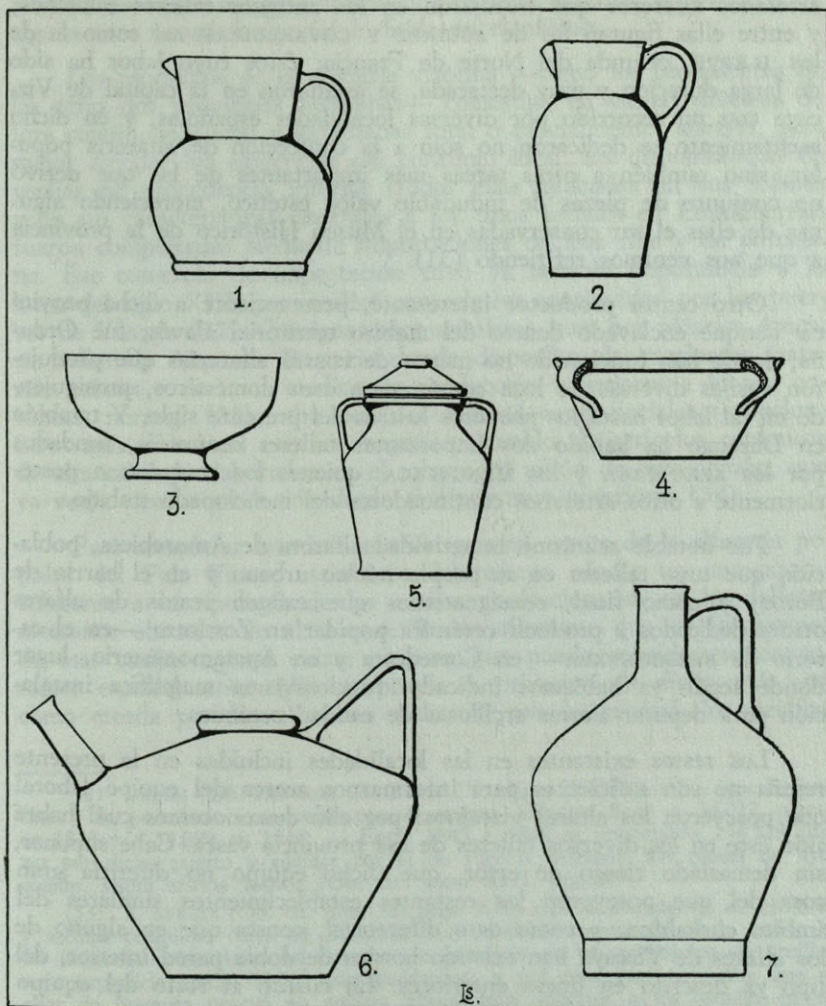
Se ha señalado también la existencia en Vizcaya de otros productos (como las Galenas) utilizados en los alfares (29). Y con las tierras antes mencionadas, afinadas por reposo y meteorización seguidos de molienda y tratamiento en «coladores», se han venido abasteciendo de materiales, suficientemente puros, los talleres cerámicos ubicados en numerosos lugares de la provincia vasca a que nos estamos refiriendo: figuraron entre ellos, además de la capital, los pueblos de Abadiano, Amorebieta, Apatamonasterio, Axpe de Busturia, Cortederra, Durango, Orduña y Zornotza, más algún otro, que por unas u otras razones, no llegó a alcanzar la importancia de los reseñados, varios de los cuales tuvieron una prolongada existencia y desarrollaron durante ella una notable actividad (30).

Entre los mencionados, y en relación con la precitada actividad, merece ser destacado Bilbao, donde había ya alfarerías en el siglo XVII, situadas probablemente en la orilla izquierda de la ría, junto al camino de Ibaizabal. Más adelante, ya en la centuria decimoctava, los talleres pasaron a Begoña, donde hubo varios en plena actividad a lo largo del siglo XIX, habiendo existido otros alfares en Uríbarri y en Deusto, así como en determinados emplazamientos donde, como recuerdo de los mismos, han quedado topónimos que rememoran hoy las ya desaparecidas actividades cerámicas allí llevadas a cabo.

Se conserva también perdurable memoria de diversas familias de

(29) Una mina de Galena ubicada en Sopuerta (Vizcaya) consta en CARRERAS CANDI. Ob. cit. nota precedente, tomo de Vizcaya, pág. 985.

(30) Datos generalmente imprecisos sobre cuanto acabamos de indicar y sobre otras particularidades de las actividades alfareras constan en: MADDOZ (Ob. cit. nota 26, tomo de Vizcaya, págs. varias), A. APRAIZ. — *La cerámica de Busturia*. Valladolid (Imp. Sever-Cuesta) 1952. J. E. DELMAS. — *Guía histórico-descriptiva del viajero en el Señorío de Vizcaya en 1864*. (Edic. Junta Cultura Diputac. Vizcaya) 1944; y en ITURRIZA. — Manuscrito sobre «*Historia de Vizcaya*». Bilbao 1793-1795, folio 276.



10. — VASIJAS DE ALFARERIA POPULAR VASCA

- 1) Jarra para vino (Amorebieta. Vizc.). — 2) Jarra para txakolí. (Narbaja. Alava). — 3) Legumbreira. (Cortederra. Vizc.). — 4) Lebrillo de tres asas (Ullíbarri-Gamboa. Alava). — 5) Puchero con tapa. (Apatamonasterio. Vizc.). — 6) Cántaro «Pedarra». (Baztán y País Vasco-francés). — 7) Cántaro. (Galarreta. Alava).

artesanos alfareros que trabajaron en los antiguos talleres bilbaínos; y entre ellas figuran las de AGUIRRE Y COVARRUBIAS, así como la de los HEPPE, oriunda del Norte de Francia: éstos cuyo labor ha sido de larga duración y muy destacada, se asentaron en la capital de Vizcaya tras un recorrido por diversas localidades españolas, y en dicho asentamiento se dedicaron no sólo a la confección de alfarería popular, sino también a otras tareas más importantes de las que derivó un conjunto de piezas de indudable valor estético, mereciendo algunas de ellas el ser conservadas en el Museo Histórico de la provincia a que nos venimos refiriendo (31).

Otro centro productor interesante, perteneciente a dicha provincia aunque enclavado dentro del ámbito territorial alavés, fue Orduña, donde han funcionado no menos de cuatro alfarerías que produjeron vasijas diversas de loza común para usos domésticos, prosiguiendo en tal labor hasta los primeros lustros del presente siglo. Y también en Durango ha habido dos importantes talleres cerámicos, fundados por los ARECHAGA y los MENCHACA, quienes los traspasaron posteriormente a otros artesanos continuadores del mencionado trabajo.

Fue notable asimismo la actividad alfarera de Amorebieta, población que tuvo talleres en su propio núcleo urbano y en el barrio de Boroa; y como final, consignaremos que existen restos de alfares otrora dedicados a producir cerámica popular en Zornotza —en el caserío de BEASCOETXEA— en Cortederra y en Apatamonasterio, lugar donde según ya habíamos indicado, funcionó una magnífica instalación para depurar tierras arcillosas de calidad cerámica.

Los restos existentes en las localidades incluidas en la presente reseña no son suficientes para informarnos acerca del equipo laboral que poseyeron los alfares vizcaínos: por ello desconocemos cuál habrá sido éste en los diversos talleres de esa provincia vasca. Cabe suponer, sin demasiado riesgo de error, que dicho equipo no diferiría gran cosa del que poseyeron los restantes establecimientos similares del ámbito euskaldun; y como dato diferencial, consta que en alguno de los alfares de Vizcaya han existido hornos de doble pared interior, del tipo ya descrito en líneas anteriores. En cuanto al resto del equipo

(31) Sobre las actividades alfareras en Bilbao (y también en algún otro centro productor vizcaíno) existen datos diversos en: T. GUIARD. — *Escudo y Toponimia de Bilbao*, en el *Diccionario de la R. Acad. de la Historia* (Madrid 1802) y en una *Hoja informativa* editada por la Galería Recalde de Bilbao (núm. 5. Febrero de 1978) con texto de E. IBABE. — Entre las piezas de HEPPE existentes en el Museo Histórico de Bilbao, figuran varias pipas de fumador y un marco para encuadramiento, de factura muy original.

laboral, no existe ninguna noticia que permita suponer la presencia de alguna otra novedad especial incluida en el mismo.

Los productos de la alfarería vizcaína —como los procedentes de las otras dos provincias hermanas— consistían en vasijas diversas de loza común, vidriadas y esmaltadas total o parcialmente; además, para mejor atender las exigencias del consumo local, las disponibilidad de vasijas de procedencia interior (todas ellas ajustadas en sus formas y en sus características generales a los tipos usuales en Euskalherria) fueron completadas mediante importaciones de loza fina y de porcelana. Ese comercio de importación tuvo ya notable importancia a lo largo del siglo XIX, y se realizó con relativa continuidad por los puertos de Vizcaya (32). Consignaremos asimismo que, por idéntica época, un taller de Axpe de Busturia donde disponían de excelentes materias primas y de unos medios de producción superiores a lo por entonces normal (33), abasteció los mercados provinciales (e incluso otros más distantes) con un magnífico surtido de artículos cerámicos de alta calidad, elaborados en el mismo en unión de loza común, que ya venía siendo producida desde tiempos muy anteriores (34).

Para completar esta información general acerca de la alfarería popular del País Vasco, estimamos interesante añadir un comentario referente a la tipología de las vasijas confeccionadas en los talleres artesanos ubicados en el mismo. Puede afirmarse que en las formas de esas vasijas apenas existe ninguna que pueda considerarse de carácter especialmente típico y propia y privativa de dicho país, así como creada por los alfareros eúskaros; por lo general, los perfiles

(32) MADDOZ (Ob. cit. nota 28. Tomo IV, págs. 328-329) indica que la loza fina y la porcelana importadas por el puerto bilbaíno llegó a 34.012 piezas en 1843 y a 34.080 en 1844. — Entre 1845 y 1848 se importaron 144.528 piezas por dicho puerto y además por el de Plencia entraron 304 piezas de loza común, según afirma MADDOZ (Ob. cit. tomo XIII, pág. 87).

(33) A. APRÁIZ (Ob. cit. nota 28, págs. 9-10) cita la abundancia de caolines y arcillas cerámicas cerca de Busturia. Hay también constancia de la cesión a un industrial busturiano del derecho de beneficio de un yacimiento de arcillas cuya superficie medía 90.000 pies cuadrados; y por otra parte, se sabe que el alfar de Busturia poseyó un equipo laboral muy superior a los usuales en su época. (Datos del archivo particular de D. JOSE M.^a UCELAY, en Busturia).

(34) En el archivo particular citado en la nota precedente, cuyo propietario tiene en su ascendencia familiar los fundadores del taller cerámico busturiano, existen cartas del año 1795 referentes al funcionamiento precedente de una alfarería popular, que sirvió luego de base (en el siglo XIX) al centro productor que se llamó Fábrica de loza fina de San Mamés de Busturia. — A la primitiva alfarería aluden asimismo en sus escritos MADDOZ e ITURRIZA (Ver notas 28 y 30).

de los galbos son similares a los del resto de nuestra Península, si bien ofrecen un parecido mayor con los más frecuentes y abundantes en la cerámica de las zonas hispanas que rodean el territorio de las Provincias Vascongadas, hecho natural no sólo por las influencias emanadas de la proximidad a ellas, sino también porque a los talleres vascos han acudido, desde remotas épocas y a lo largo de muchos años, numerosos artesanos procedentes del entorno territorial lindante con nuestro ámbito provincial. Se conocen datos concretos de haber trabajado aquí, en talleres alaveses, algunos alfareros de las familias SALINAS y COLOMA, oriundas respectivamente de Benabarre (Huesca) y de Teruel, siendo estos últimos los probables difusores de los decorados cromáticos verdes y pardos, tan generalizados en la cerámica turolese.

En otro taller de la mencionada provincia vasca actuaron artesanos burgaleses (de Miranda de Ebro) y en Orduña (Vizcaya) queda memoria de haber trabajado alfareros de la familia MARTIN, procedente de Haro (Lagroño). También en otros pueblos vizcaínos —y entre ellos en Bilbao— hubo ceramistas castellanos, entre los cuales se cuentan los del apellido COVARRUBIAS, naturales de Arrabal del Portilla (Valladolid).

En otro lugar anterior hemos recogido la presencia en Azcoitia (Guipúzcoa) del Maestro alfarero, JOSE ANGEL DE QUENDE, procedente de Estella (Navarra) así como la dedicación a la alfarería de individuos de los linajes BOIE y HEPPE, ambos de origen francés. No han faltado pues, entre los profesionales del barro que trabajaron en el País Vasco, gentes oriundas de todas las zonas que rodean el mismo, e incluso procedentes de lugares más distantes y escasamente relacionados con el referido país (35).

Como era de esperar, todos los artesanos venidos de fuera han ido introduciendo la tipología propia de sus lugares de origen, pero a pesar de ello y sin perjuicio de considerar válida la afirmación anterior acerca de la falta de originalidad de la cerámica vasca, pueden considerarse como típicas de nuestro txoko algunas pocas vasijas especialmente diferenciadas: figuran entre ellas la jarra de txakolí, alta y estrecha, las jarras guipuzcoanas para leche —alta, panzuda, esbelta y con cuello de poco diámetro— o para vino (ésta similar a la anterior pero con cuello más ancho), la escudilla o tazón de fondo curvo

(35) Datos genealógicos de los artesanos del barro oriundos de lugares extraños del País Vasco los recoge E. IBABE en la *Hija informativa* núm. 5 de la Galería Recalde de Bilbao. Febrero de 1978.

(*katillu*), y sobre todo, los cántaros, entre los cuales descuella, por la originalidad de su perfil, el llamado «*pedarra*», especie de enorme tetera achaparrada y de gran diámetro, creada probablemente en la Vasconia transpirenaica y llegada a nuestra región a través del valle de Baztán (36).

En épocas recientes, y sin duda con la mejor intención, se han realizado algunos intentos, no siempre acertados, para dar o los productos de la alfarería vasca un carácter típicamente regional. Pero tanto estos intentos como otras iniciativas fracasadas desde su iniciación, no han conseguido renovar la tipología clásica de las vasijas de barro eúskaras, ni siquiera restaurar y reanimar la producción alfarera popular de este país (37). Puede esperarse que quizás llegue a ser una realidad esa renovación, si lograrse adquirir suficiente desarrollo la enseñanza de las técnicas fundamentales de la alfarería artesanal que vienen impartándose en la cátedra creada en la Escuela de Artes y Oficios de Vitoria (38).

Como prueba de lo que se puede llegar a conseguir estimamos interesante señalar que en diversas prospecciones cuya localización no nos consta, se han encontrado piezas ornamentales muy artísticas —en especial copas con pie y asas— mostrando perfiles de notable elegancia, fuera de lo corriente en la alfarería popular; sin embargo esas piezas están confeccionadas con las pastas arcillosas usadas en la alfarería común artesana y sus cubiertas son asimismo de la calidad usual en aquélla. Las excelentes vasijas a que nos referimos constituyen una valiosa prueba no sólo de la habilidad de quienes las han elaborado, sino también de la exquisita sensibilidad artística que poseen y que podrían transmitir a quienes recibiesen de ellos lecciones del noble oficio alfarero.

(36) La pieza denominada «*pedarra*» llamó ya la atención de los viajeros que pasaron por Euskalherria en el siglo XVIII, y así lo hizo constar, entre otros, GUILLELMO DE HUMBOLDT. — J. CARO BAROJA se refiere a ella, y también a la «*subilla*» en su estudio descriptivo de Vera de Bidasoa.

(37) En uno de esos desafortunados ensayos, realizado en Vidania (Guipúzcoa) el año 1934, colaboró JORGE DE OTEIZA —experto ceramista además de notable escultor— y a él se refiere en un interesante comentario X. LETE en la revista donostiarra «*Garaia*» (Vol. 23, pág. 31. Febrero de 1977). — Del actual decaimiento de la producción alfarera en el País Vasco da idea el que ni LLORENS ARTIGAS y CORREDOR MATHEOS en su libro *Cerámica popular española* (Barcelona. Edit. Blume. 1970) ni VOSSEN-SESEÑA-KÖPKE en la *Guía de los alfareros de España* (Madrid. Editora Nacional. 1975) señalan ningún centro productor, salvo Narbaja, que en la actualidad ha apagado también sus hornos.

(38) Al frente de dicha cátedra está el Maestro alfarero FEDERICO GARMENDIA, oriundo de Elosu y que tuvo un importante taller en Narvaja (Alava).

Quedaría incompleta la reseña que acerca de dicha producción hemos presentado, si no recogiésemos una breve noticia sobre las actividades cerámicas que han existido —y de las cuales aún queda un resto interesante —en diversas poblaciones del País Vasco-francés. Los alfares ubicados en ellas a lo largo del siglo XIX (y también posteriormente, aunque en número menor) han producido piezas muy notables, destacando la labor realizada en Bayona, Biarritz, Saint Jean de Luz, Mouguerre, Garris y especialmente en Santit Jean le Vieux, donde aún queda un alfar en actividad. Debió de ser además interesante la producción obtenida en Espelette, población labortana que fue durante mucho tiempo un destacado centro productor de materias primas para las industrias del barro (39): dichas materias, de excelente calidad y cuidadosamente refinadas, han cubierto las necesidades de numerosos talleres —y entre ellos se cuentan los de nuestro País Vasco— que las utilizaron largamente en la confección de artículos cerámicos muy variados, merecedores amenudo de especial aceptación por su excepcional categoría (40).

Sería deseable que tales artículos, salidos de nuestros alfares populares, volviesen a llegar a los mercados de productos cerámicos, como encomiable testimonio de la habilidad de los artesanos vascos para recoger en ellos un trasunto de la espiritualidad de las gentes de Euskalherria.

(39) En el archivo particular de D. JOSE M.^a UCELAY, ya citado precedentemente, figuran documentos que contienen detalles acerca del consumo, en la fábrica de cerámica de Busturia, de materias primas diversas, de superior calidad, procedentes de Espelette.

(40) En el Museo Vasco, de Bayona (Francia) existe una notable colección de piezas de cerámica procedentes de los talleres situados en las diversas zonas o regiones del País Vasco-francés.